

El sujeto fundador y el individuo autor

La espiritualidad y la pluralidad del ego en Michel Foucault

ÁLVARO REVOLLEDO NOVOA

Unmsm

RESUMEN

Este ensayo pretende exponer algunas de las observaciones planteadas por Foucault a propósito de la relación entre el sujeto y la verdad, discutidas desde lo que ha denominado “momento cartesiano”. El objetivo es examinar estas ideas referidas al discurso y a la función autor que conllevan a la eliminación del sujeto fundador del discurso y la apertura de la pluralidad del ego.

PALABRAS CLAVE: Sujeto, verdad, cuidado de sí, individuo, función-autor, Foucault.

ABSTRACT.

This paper tries to expose some remarks about relationship between subject and truth discussed by Foucault in the “Cartesian moment”. The objective is to examine these ideas referring to discourse and author function and how conduce to elimination of Subject and his founding role of discourse and opening the plurality of Ego.

KEYWORDS: Subject, truth, care of the Self, individual, author function, Foucault.

En el análisis de las relaciones entre “sujeto” y “verdad” desde la noción de “inquietud de sí mismo” (*epimeleia heautou* –cuidado de sí) planteado por Michel Foucault en sus conferencias de 1981-1982, reunidas como *La hermenéutica del sujeto*, podemos identificar un aspecto que resulta relevante, toda vez que trata justamente de las mismas nociones discutidas. La noción de sujeto, así como el concepto de verdad, son analizados por Foucault desde el contexto que él denomina “el momento cartesiano”¹, pero teniendo como telón de fondo a las tecnologías que constituyeron las prácticas de sí en la Antigüedad, por lo menos en el largo período que va desde la Grecia Clásica hasta el siglo II d. C.

El propósito de Foucault es contraponer dicha dialéctica del sujeto y la verdad en estos dos contextos, el moderno y el antiguo. Salta a la vista, también, que el objetivo de Foucault es cuestionar la conexión entre el sujeto y la verdad en clave moderna, y apostar por una relectura y revaloración de la práctica del cuidado de sí de los antiguos. En esta empresa, Foucault discutirá en principio la clásica interpretación del *gnothi seauton* como “conócete a ti mismo” (autoconocimiento), interpretada a su vez como la fórmula fundadora de las relaciones entre sujeto y verdad.

El objetivo de nuestra indagación es examinar la exposición de Foucault con el fin de interpretar las diferencias entre sujeto e individuo que son bosquejadas a partir del estudio de la práctica de la espiritualidad en la Antigüedad, pero considerando además el análisis foucaultiano sobre el discurso y la función-autor que conllevan a la eliminación del sujeto fundador del discurso. El argumento central de Foucault sostiene que, en la medida que la transformación espiritual del sujeto en su ser en la ética antigua contribuye al acceso a la verdad, la subjetividad involucra dicho ejercicio espiritual, mientras que en la ética moderna, al desaparecer esa dimensión espiritual para el acceso a la verdad, y bastar solo el conocimiento, las condiciones internas y externas solo afectan a un individuo concreto en su materialidad, pero no el ser del sujeto.

Por esa razón, en nuestra interpretación, sostenemos que hay una relativa prioridad ontológica del sujeto sobre el individuo que se sostiene manteniendo las diferencias entre una ética antigua y una ética moderna. Sin embargo, la apuesta por una espiritualidad del cuidado de sí, exige un abandono del sujeto fundador en clave cartesiana y una reinterpretación del pasado como alternativa para nosotros, en el que el cuidado de sí no se reduciría al cuidado del yo individual, sino a un ejercicio de negación de ese yo fundador del discurso y su ilusión de unidad, hacia la apertura de una pluralidad del ego mediante la apropiación del sujeto fundador de sentido más allá de las palabras.

1 Según indica Potte-Bonnville, “la referencia a Descartes y al momento cartesiano se repite permanentemente, a manera de un pivote histórico y un enigma filosófico” (Potte-Bonnville 2004, p. 227).

El cuidado de sí y la espiritualidad

De acuerdo al examen histórico de Foucault, la noción de *epimeleia heautou* se amplió y sus significados cambiaron. Esquemáticamente, en dicha noción se toma en cuenta (Cf. Foucault 2011, p. 28):

- a. Una actitud general de estar en el mundo y tener relaciones con el prójimo. Es una actitud con respecto a sí mismo, a los otros y al mundo.
- b. Es una mirada desde el exterior, los otros y el mundo, hacia “uno mismo”. Es una forma de prestar atención.
- c. Designa una serie de acciones que uno ejerce sobre sí mismo, por las cuales se purifica y se transforma (técnicas y ejercicios).

El rango de aparición y sobrevivencia de esta práctica del cuidado de sí oscila entre el siglo V a. C. hasta los siglos IV y V d. C. A pesar de esos mil años de evolución y transformación del cuidado de sí, Foucault se pregunta por qué dicha noción no ha sido tomada en cuenta en la forma cómo la filosofía occidental hizo su propia historia, y, contrariamente, por qué se ha privilegiado tanto al “conócete a ti mismo” (Cf. Foucault 2011, p. 29).

La hipótesis de Foucault considera tres razones posibles (Cf. Foucault 2011, pp. 30-32).

- i) nos cuesta dar un valor positivo a expresiones como “cuidar de sí mismo” o “retirarse hacia sí mismo”, que son calificadas como dandismo moral o como un repliegue individual, y que no podrían ser tomadas como fundamento alguno de una moral colectiva;
- ii) las reglas del “cuidado de sí” fueron retomadas en un contexto diferente, que es el de una ética del no egoísmo, ya sea en clave cristiana o moderna no cristiana, cuando en realidad surgieron dentro de un contexto en que la obligación era ocuparse de sí mismo (ética helenística);
- iii) el surgimiento y consolidación del “momento cartesiano” recalificó al *gnothi seauton* y descalificó a la *epimeleia heauto*.

Según Foucault, esta última razón es más importante, pues el punto de partida del rumbo filosófico cartesiano es la evidencia tal como aparece a la conciencia, sin ninguna duda posible; es decir, ese rumbo cartesiano, refiere al autoconocimiento. Es esta exigencia de evidencia de la propia existencia del sujeto lo que hizo que el “conócete a ti mismo” se convierta en un acceso fundamental a la verdad, y a la par, en una descalificación y exclusión del cuidado de sí del pensamiento filosófico moderno (Cf. Foucault 2011, p. 32).

Para demostrar dicha consecuencia, Foucault distingue el recorrido de la filosofía frente a la espiritualidad en Occidente, considerando que en tal oposición las diferencias notables ocurren en las relaciones entre el sujeto y el acceso a la verdad. “Filosofía” sería

entonces entendida como la forma de pensamiento que permite, de acuerdo a ciertas condiciones y límites, el acceso del sujeto a la verdad. De esa forma, la “Espiritualidad” consistiría en el conjunto de búsquedas, prácticas y experiencias por las que el sujeto efectúa en sí mismo las transformaciones necesarias para tener acceso a la verdad. Tal y como Foucault la entiende, la espiritualidad en Occidente tiene tres características (*Cf.* Foucault 2011, pp. 33-34):

- i) la verdad no se da al sujeto como un derecho a través de un acto de conocimiento. Es preciso que el sujeto se modifique, se transforme, se convierta en alguien distinto a sí mismo, y que pague un precio para tener derecho a la verdad;
- ii) la transformación del sujeto para acceder a la verdad puede hacerse de diferentes formas, entre ellas, a través del movimiento del *eros* y la *askesis*;
- iii) el acceso a la verdad produce ciertos efectos de “contragolpe”, la verdad es lo que ilumina al sujeto y le da tranquilidad del alma.

Como lo expone el propio Foucault

Para la espiritualidad, un acto de conocimiento jamás podría, en sí mismo y por sí mismo, lograr dar acceso a la verdad si no fuera preparado, acompañado, duplicado, consumado por cierta transformación del sujeto, no del individuo sino del sujeto mismo en su ser de sujeto (Foucault 2011, p. 34).

Pero el contexto en que se exigía una transformación espiritual para acceder a la verdad se ha perdido con el advenimiento de lo que Foucault denominó “momento cartesiano”, y junto con ello la supremacía del “conócete a ti mismo” frente al “cuidado de sí mismo”. Las condiciones que debe cumplir ahora el sujeto para acceder a la verdad corresponden únicamente al conocimiento, y ya no es necesaria ninguna transformación en el ser del sujeto. Estas condiciones son internas y externas, pero ambas relativas al conocimiento. Las internas se refieren a condiciones formales, reglas del método, etc., y las externas son de tipo cultural o morales, “pero no conciernen al sujeto en su ser: solo incumben al individuo en su existencia concreta y no a la estructura del sujeto como tal” (Foucault 2011, p. 37). Es en ese momento, sostiene Foucault, cuando el ser del sujeto no es exigido para acceder a la verdad, que entramos en una nueva etapa de la historia de las relaciones entre subjetividad y verdad. Ahora el progreso indefinido del conocimiento abre un espacio en que el sujeto accede a la verdad, pero esta no es capaz de salvarlo (*Cf.* Foucault 2011, p. 38).

En este examen, Foucault ha distinguido intuitivamente las nociones de sujeto e individuo, señalando en más de un ocasión que es el sujeto, o más propiamente, el ser del sujeto, el que se ve afectado por la transformación espiritual en la búsqueda de la verdad según el enfoque antiguo, y que, contrariamente, en el enfoque moderno no espiritual, las condiciones tanto internas como externas del conocimiento, no afectan al ser del sujeto sino solo al individuo. Es decir, en el enfoque antiguo orientado por la espiritualidad, el

ser del sujeto se transforma para acceder a la verdad. En el enfoque moderno, aun así se acceda a la verdad, no se trata de ninguna conexión con el sujeto. Es obvio, que en ambos casos Foucault está señalando una relativa prioridad del sujeto sobre el individuo, pues aún se consiga acceder a la verdad mediante el conocimiento, en clave moderna, no es el sujeto el que se ve afectado. Eso significa que, la apuesta por la recuperación y revalidación del enfoque espiritual de la antigüedad para comprender las relaciones entre sujeto y verdad, tiene como propósito indicarnos que ninguna relación con la verdad es buena por sí misma, salvo que constituya una transformación del sujeto. Sin embargo, no queda claro cómo es que podemos conseguir dicha transformación espiritual si estamos dentro del enfoque moderno heredero del momento cartesiano, en el que el sujeto mismo ha devenido en un sujeto de conocimiento. Este sujeto fundador de sentido tendería a desaparecer, como un camino hacia una nueva espiritualidad.

El sujeto fundador y el individuo autor

En *El orden del discurso*, Foucault sostiene la existencia de una voluntad de verdad a través de nuestra historia, que no aparece sino como una voluntad de saber bajo un apoyo institucional, entendida como un sistema de exclusión y un poder de coacción que se manifiesta en un discurso verdadero, donde decir ese discurso entrañaba la imposición de reglas de control que a su vez impedían el acceso a cualquiera que no estuviera calificado (Cf. Foucault 2002, pp. 19-22).

En ese contexto, donde un conjunto de instituciones sostiene esa voluntad de verdad, aparece el individuo como autor que escribe un discurso, participando de un juego de identidad que se traduce en una individualidad o yo, el mismo que más tarde se verá superado por la aparición de un sujeto que no habla, como sujeto fundador de sentido.

Dentro de los principios internos de clasificación que operan como sistemas de exclusión en el orden de los discursos –especialmente en la filosofía, la ciencia y la literatura–, Foucault se refiere al autor, pero no como el autor que habla o escribe un texto, sino como “principio de agrupación del discurso, como unidad y origen de sus significaciones” (Foucault 2002, p. 29). Según Foucault, el principio de autor limita el azar del discurso “por el juego de una identidad que tiene la forma de la individualidad y del yo” (Foucault 2002, p. 32).

Asimismo, Foucault considera que un grupo de procedimientos de control de los discursos opera en la forma cómo se determinan las condiciones de su utilización, imponiendo a los individuos que los dicen cierto número de reglas y no permitiendo el acceso a todo el mundo (Cf. Foucault 2002, p. 38):

Enrarecimiento, esta vez, de los sujetos que hablan; nadie entrará en el orden del discurso si no satisface ciertas exigencias o si no está, de entrada, cualificado para hacerlo (Foucault 2002, p. 39).

De una forma semejante al acceso a la verdad, el sujeto que habla, sometido al orden del discurso, se ve obligado a cumplir con ciertas condiciones, sin las cuales dicho acceso le está vedado. Pero el sujeto que habla se asemeja además con el sujeto moderno que accede sin un esfuerzo espiritual, concentrándose solo en el conocimiento. De esta forma, el sujeto que habla tampoco obtiene liberación ni salvación, pues los sujetos que hablan se distribuyen en diferentes tipos de discursos a través de procedimientos de sumisión que fijan sus funciones (Cf. Foucault 2002, p. 46).

Frente a este sujeto que habla, sometido al encadenamiento de los procedimientos discursivos institucionales, y que se confunde al fin de cuentas con el individuo autor y con el sujeto moderno, aparece un sujeto fundador de sentido, un sujeto que representaría a aquel que recuperaría el sentido más allá de las palabras vacías, fundando horizontes de significados sin necesidad de pasar por la instancia del discurso (Cf. Foucault 2002, p. 48). Este nuevo sujeto fundador, es en buena cuenta un sujeto que no habla, y dicha disolución del sujeto del discurso anula también la institucionalidad del discurso que inflaba ontológicamente al sujeto que habla, que aquí comparamos con el sujeto moderno.

La apuesta foucaultiana por la espiritualidad clásica en la práctica del cuidado de sí en oposición al método exclusivo del conocimiento del sujeto moderno conlleva a un cuestionamiento de la valoración de la noción del individuo autor como sujeto que habla, junto con una suspensión de los procedimientos coercitivos del discurso institucional. En ambos casos, la posibilidad de la recuperación de la espiritualidad, sugerida por el sujeto fundador de sentido, presupone la eliminación del sujeto moderno².

La función-autor y la pluralidad del ego

En la conferencia ¿Qué es un autor?, Foucault insiste en algunas de las tesis sostenidas en *El orden del discurso*, a propósito de la posibilidad de un discurso sin autor, o una evaluación del rol fundador del sujeto. Según Foucault, el autor se ha individualizado en nuestra cultura a tal punto que es considerado como una unidad fundamental en la historia de las ideas. Pero Foucault insiste en la contingencia que entraña considerar a un autor como un individuo que escribe una obra. Su objetivo es explicitar la desaparición del autor, discutiendo en principio que el nombre de autor sea un simple nombre propio que describe a un individuo nombrado real: un nombre de autor ejerce un determinado papel con relación al discurso y caracteriza un determinado modo de ser del discurso (Cf. Foucault 2010, pp. 18-20). En varios tipos de discursos, existe la función-autor cuyo rasgo más importante es que no se forma como la atribución de un discurso a un individuo. Es más bien el resultado de una operación compleja en que se

2 Como explica Julián Sauquillo, “El yo fue sustituido por el “hay” en literatura, y esta modificación, para Foucault, es reflejo de una acción sin responsable, de un pensamiento sin sujeto y, por tanto, anónimo” (Sauquillo 2001, p. 29).

construye a un autor a partir de una proyección diferente según los tipos de discursos y las épocas (Cf. Foucault 2010, p. 25). Foucault identifica cuatro rasgos característicos de la función-autor:

La función-autor está ligada al sistema jurídico e institucional que circunscribe, determina, articula el universo de los discursos; no se ejerce uniformemente en todos los discursos, en todas las épocas y en todas las formas de civilización; no es definida por la atribución espontánea de un discurso a su productor, sino por una serie de operaciones específicas y complejas; no remite pura y simplemente a un individuo real, puede dar lugar simultáneamente a varios ego, a varias posiciones-sujeto (Foucault 2010, p. 30).

El objetivo de Foucault es examinar el privilegio del rol fundante del sujeto en los discursos, planteando justamente la cuestión de cómo y bajo qué condiciones aparece el sujeto en el orden de los discursos. Su objetivo es finalmente, quitarle al sujeto su rol de fundamento originario y absoluto (Cf. Foucault 2010, p. 41). Este cuestionamiento sobre el rol fundante del sujeto discursivo a través de la función-autor, se asemeja también al cuestionamiento del sujeto moderno que accede a la verdad por medio del conocimiento puro. Muy distinto es el sujeto fundador de sentido, que aparece como una superación del discurso, y desde luego, del sujeto que habla, que aquí sería equiparable al sujeto discursivo. Foucault sostiene que

Podemos imaginar una cultura donde los discursos circularían y serían recibidos sin que la función-autor apareciera nunca. Todos los discursos, cualquiera sea su estatuto, su forma, su valor, y cualquiera sea el tratamiento a que se los someta, se desarrollarían en el anonimato del susurro (Foucault 2010, p. 42).

El examen de la apuesta foucaultiana por el estudio y la recuperación de la espiritualidad antigua como alternativa al modo de vida de sujetos autoconscientes que acceden a la verdad sin transformación de su ser, nos ha llevado al examen complementario que Foucault realiza sobre el sujeto privilegiado en el orden del discurso como individuo-autor, y que podría ser suplantado por una eliminación de la valoración del discurso institucional y una apuesta por un sujeto fundador de sentido que supere a dicho discurso y al sujeto que habla. En esta interconexión, parecieran encontrarse también la recuperación de la espiritualidad y la eliminación del sujeto moderno como un yo autoconsciente. Probablemente, un nuevo sujeto fundador de sentido pueda interpretarse a la manera de una pluralidad del ego, que Foucault identificaba en la función-autor, pero esta vez, con un nuevo alcance. El yo moderno desaparece para dar paso a varios ego superpuestos; la unidad del sujeto dejaría paso a un yo múltiple. De modo semejante a la transformación espiritual de Harry Haller expuesta en *El Lobo estepario*, en que Hesse cuestiona la trivialidad de la ficción de la unidad del yo³, reemplazándola por una

3 Sobre el mito de la personalidad entendido como la unidad del yo, escribe Hesse: "Pintoresco y complejo es el

multiplicidad de seres que componen a Harry, el análisis de Foucault pareciera llevarnos a la consecuencia de la anulación del sujeto moderno y la apuesta espiritual por una pluralidad del ego en un nuevo sentido.

Referencias bibliográficas

- Foucault, M. (2011). *La hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica de Argentina.
- Foucault, M. (2010). ¿Qué es un autor? Córdoba: Ediciones literales
- Foucault, M. (2002). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets editores.
- Hesse, H. (2013). *El lobo estepario*. Madrid: Alianza editorial.
- Potte-Bonneville, M. (2004). *Michel Foucault, la inquietud de la historia*. Buenos Aires: Manantial.
- Sauquillo, J. (2001). *Para leer a Foucault*. Madrid: Alianza editorial.

DATOS DEL AUTOR

ÁLVARO REVOLLEDO NOVOA. Magister en Filosofía con mención en Epistemología con la tesis *Lenguaje, mundo y conocimiento. Observaciones a la teoría figurativa del Tractatus Logico Philosophicus* de Ludwig Wittgenstein (2014). Es Profesor del Departamento de Filosofía de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas en la Universidad de San Marcos, donde ha dictado las cátedras de Lógica, Teoría del conocimiento, Filosofía del lenguaje, Filosofía de la Psicología y el Seminario de René Descartes. En 2006 publicó su libro *En busca de la virtud. La ética del emperador y del esclavo*, y en 2009 su libro *Menos Platón y más Darwin y otros ensayos*.

juego de la vida: este mito, por desenmascarar el cual se afanó tanto la India durante mil años, es el mismo por cuyo sostenimiento y vigorización ha trabajado el mundo occidental también con tanto ahínco” (Hesse 2013, p. 82).